

to á un procurador sobre que se decía que habia dado á Diego Alvarez de Cueto, cuñado del Visorey, cierta cantidad de pesos de oro porque le hiciese nombrar al oficio por el Visorey; la cual averiguacion él sintió mucho.

CAPITULO VI.

De las cosas que proveyó el Visorey para la guerra.

En todo este tiempo estaba tan cerrado el camino del Cuzco, que ni por vía de indios ni de españoles tenía nueva de lo que allá pasaba, salvo saberse que Gonzalo Pizarro habia venido al Cuzco, y que toda la gente que se habia huido de la ciudad de los Reyes y de otras partes, habia acudido allí á la fama de la guerra. Y en esto el Visorey y audiencia despacharon provisiones, mandando á todos los vecinos de la ciudad del Cuzco y de las otras ciudades que rescibiesen á Blasco Nuñez por Visorey, y acudiesen á le servir á la ciudad de los Reyes con sus armas y caballos; y aunque todas las provisiones se perdieron en el camino, aportaron á la villa de la Plata los que para allí se habian despachado. Y por virtud dellas, Luis de Ribera y Antonio Alvarez, juntamente con el cabildo, rescibieron á Blasco Nuñez por visorey con gran solemnidad y alegrías; y en cumplimiento de lo mandado, salieron veinte y cinco de caballo, que se pudieron juntar, muy bien aderezados, y llevando por capitán á Luis de Ribera, se fueron la vía de Lima, caminando por despoblados y lugares secretos, porque Gonzalo Pizarro no los enviase á atajar el camino. Y tambien aportaron á poder de algunos vecinos particulares del Cuzco las provisiones que para este efecto les habia enviado, por virtud de las cuales se vinieron algunos dellos á servir al Visorey, como adelante se dirá. Estando en estos términos vinieron nuevas ciertas al Visorey de lo que en el Cuzco pasaba. Lo cual le dió ocasion á que con grande diligencia hiciese acrescentar su ejército con el buen aparejo que halló de dineros, porque el licenciado Vaca de Castro habia hecho embarcar hasta cien mil castellanos que habia traído del Cuzco para enviar á su majestad, los cuales sacó de la mar, y en breve tiempo los gastó en la paga de la gente. Hizo capitán de gente de caballo á don Alonso de Montemayor y á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado; y de infantería á Martin de Robles y á Paulo de Meneses, y de arcabuceros á Gonzalo Diaz de Piñera y á Vela Nuñez, su hermano, capitán general, y á Diego de Urbina, maestro de campo; y sargento mayor á Juan de Aguirre, y entre todos hubo seiscientos hombres de guerra, sin los vecinos, los ciento de caballo y docientos arcabuceros, y los demás piqueros. Hizo hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundicion, de ciertas campanas de la iglesia mayor, que para ello quitó, y con su gente hacia muchos alardes, y daba armas fingidas para ver cómo acudia la gente, porque tenia creído que no andaban de buena voluntad en su servicio; y porque tuvo sospecha que el licenciado Vaca de Castro (á quien ya habia dado la ciudad por cárcel) traía algunos tratos con criados y gente que le era aficionada, un día, á hora de comer, dió una arma fingida, diciendo que venia Gonzalo Pizarro cerca; y junta la gente en la plaza, envió á Diego Alvarez de

Cueto, su cuñado, y prendió á Vaca de Castro, y otros alguaciles prendieron por diversas partes á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejía de Guzman, su yerno, y al capitán Lorenzo de Aldana y á Melchior Ramirez, y Baltasar Ramirez, su hermano; y á todos juntos los hizo llevar á la mar, metiéndolos en un navío de armada, y nombró por capitán á Hierónimo de Zurbano, natural de Bilbao, y dende á pocos dias soltó á Lorenzo de Aldana, y desterró á don Pedro y á Hernan Mejía para Panamá, y á Melchior y Baltasar Ramirez para Nicaragua, y á Vaca de Castro le dejó todavia preso en la misma nao, sin que á los unos ni á los otros jamás diese traslado ni declarase culpa por que procediese contra ellos, ni haber rescebido informacion della.

CAPITULO VII.

De cómo Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna se alzaron con dos navios en Arequipa, y los trajeron al Visorey.

Cuando se comenzó esta alteracion de la tierra habian subido al puerto de Arequipa dos navios cargados de mercaderías, los cuales Gonzalo Pizarro hizo detener, y aun los compró con intento de enviar desde el Cuzco, para meter en ellos toda la artillería, así por excusar la gran dificultad que habia de traerla por tierra tan largo camino, como para tomar el puerto de la ciudad de los Reyes y desposeer de los navios que en ella habia al Visorey, porque entendia (y así es cierto) que el que es señor de la mar en toda aquella costa tiene la tierra por suya y puede hacer en ella todo el daño que quisiere, desembarcando en todos los lugares que hallare desapercibidos y proveyéndose de armas y caballos de los navios que las llevan al Perú, y no dejando llegar á la tierra ningunos bastimentos y ropa de los que de Castilla se llevan. Y sabiendo esto el Visorey, estaba muy temeroso del suceso, porque no tenia resistencia por mar contra la artillería que esperaba, y acordó, desde lo supo, de buscar el remedio que buenamente pudo; y este fué, que hizo armar una nao de las que estaban en el puerto con ocho tiros de bronce y ciertos versos de hierro, y algunos arcabuces y ballestas, y le puso en el puerto para defensa dél y resistencia de los navios que esperaba, y nombró por capitán dél al dicho Hierónimo de Zurbano. Y aconteció que, sabido el intento de Gonzalo Pizarro por los capitanes Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna, vecinos de Arequipa, una noche entraron en los navios que esperaban la venida del artillería, y pagándose muy bien al maestro y algunos marineros que dentro se hallaron, se alzaron con ellos; dejando sus casas y indios y haciendas, se vinieron con los navios á la ciudad de los Reyes, y llegando al puerto, siendo avisado el Visorey de su venida por las atalayas que tenia en una isla, creyendo que venian de guerra, salió al puerto con mucha gente de caballo, donde Hierónimo Zurbano les comenzó á tirar con su artillería, y ellos amainaron las velas y salieron en el batel y le entregaron los navios, con gran placer suyo y de toda la ciudad, por haberse asegurado del peligro que dellos recelaban.

CAPITULO VIII.

De lo que hizo en este tiempo Gonzalo Pizarro en el Cuzco.

En este tiempo Gonzalo Pizarro estaba en el Cuzco haciendo y pagando la gente con gran diligencia, y proveyendo las otras cosas necesarias para la guerra, y pudo juntar hasta quinientos hombres, de los cuales hizo maestro de campo al capitán Alonso de Toro, y de los de caballo hizo capitán á don Pedro Puertocarrero, y tomó para sí parte dellos debajo de su estandarte; é hizo capitanes de piqueros al capitán Gumiel y al bachiller Juan Vélez de Guevara, y nombró por capitán de arcabuceros á Pedro Cermeño. Llevaba tres estandartes, el uno de las armas reales, en poder de don Pedro Puertocarrero, y el otro de la ciudad del Cuzco, que fué entregado á Antonio Altamirano, regidor de aquella ciudad, natural de Oativeros, á quien después degolló Gonzalo Pizarro por servidor de su majestad, como adelante se dirá. Y otro estandarte de sus armas traía su alférez, y después le entregó al capitán Pedro de Puellas. Nombró por capitán de artillería á Hernando Bachicao, que juntó veinte piezas de campo muy buenas, y las aparejó de pólvora y balas y toda la otra municion necesaria; y teniendo junta su gente en el Cuzco, general y particularmente justificaba ó coloraba la causa de aquella tan injusta empresa con que él y sus hermanos habian descubierto aquella tierra y puéstola debajo del señorío de su majestad á su costa y mision, y enviado della tanto oro y plata á su majestad como era notorio; y que después de la muerte del Marqués, no solamente no habia enviado la gobernacion para su hijo ni para él, como habia quedado capitulado, mas aun agora le enviaba á quitar á todos sus haciendas, pues no habia ninguno que por una vía ó por otra no se comprendiese debajo de ordenanzas, enviando para la ejecucion dellas á Blasco Nuñez Vela, que tan rigurosamente las ejecutaba, no otorgándole la aplicacion, y diciéndoles palabras muy injuriosas y ásperas, como de todo esto y de otras muchas cosas ellos eran testigos. Y que, sobre todo, era público que le enviaba á cortar la cabeza sin haber él hecho cosa en deservicio de su majestad, antes servídale tanto como era notorio. Por tanto, que él habia determinado, con parescer de aquella ciudad, de ir á la ciudad de los Reyes y suplicar en el audiencia real de las ordenanzas, y enviar á su majestad procuradores en nombre de todo el reino, informándole de la verdad de lo que pasaba y convenia, y que tenia esperanza que su majestad lo remediaría; y donde no, que después de haber hecho sus diligencias, obedescieran pecho por tierra lo que su majestad mandase. Y que por no estar seguro del Visorey, por las amenazas que les habia hecho y por la gente que contra ellos habian juntado, acordaron que tambien él fuese con ejército para sola su seguridad, sin llevar intento de hacer con él daño alguno no siendo acometido. Por tanto, que les rogaba que tuviesen por bien de ir con él y guardar orden y regla militar, que él y aquellos caballeros les gratificarían su trabajo, pues iban en justa defensa de sus haciendas. Y con estas palabras persuadia aquella gente á que creyesen la justificacion de la junta, y se ofrescieron de ir con él y defenderle hasta la muerte; y

HA-II.

así, salió de la ciudad del Cuzco, acompañándole todos los vecinos. Y puesta su gente en orden, aunque hubo algunos dellos entre los cuales estaba ya hecho concierto, que le demandaron aquella noche licencia para volver al Cuzco á aderezar algunas cosas de su viaje. Y otro día de mañana se juntaron hasta veinte y cinco personas de las principales de la ciudad, que, aunque á los principios habian dado consentimiento en que vienesen á suplicar de las ordenanzas, después, viendo cómo se iba dañando el negocio y encaminándose en deservicio de su majestad y alteracion de la tierra, determinaron de apartarse de Gonzalo Pizarro y irse á servir al Visorey, como se fueron, haciendo muy grandes jornadas por despoblados y caminos apartados, porque sabian que Gonzalo Pizarro los habia de enviar á seguir, como lo hizo. Y los principiantes deste concierto fueron Gabriel de Rójas, Gomez de Rójas, su sobrino, y Garcilaso de la Vega y Pedro del Barco, y Martin de Florencia y Hierónimo de Soria, y Juan de Sayavedra y Hierónimo Costilla, y Gomez de Leon y Luis de Leon, y Pedro Manjares y otros, hasta número de veinte y cinco personas; llevando consigo las provisiones que del audiencia real habian rescebido, en que se les mandaba que, so pena de traidores, acudiesen luego. Y cuando Gonzalo Pizarro otro día lo supo tuvo tan alterado el ejército, que muchas veces estuvo en determinacion de tornarse á los Charcas con cincuenta de caballo amigos suyos, y hacerse allí fuerte; pero en fin, ninguna cosa halló de menos peligro para su vida que seguir el viaje comenzado y animar su gente, diciendo que si aquellos caballeros se habian ido era por no saber el estado en que estaban los negocios de los Reyes, porque habia rescebido cartas de los principales vecinos della, en que le certificaban que con cincuenta hombres de caballo que él allí llevase concluiría el negocio comenzado sin riesgo ninguno, porque todos estaban de su opinion. Y así, continuó su camino, aunque muy despacio, porque no sufría otra cosa el grande embarazo de la artillería, que la llevaba en hombros de indios, con unos palos atravesados en los tiros, quitados de las cureñas y carretones, y cada tiro llevaban doce indios, que no andaban con él mas de cien pasos, y luego entraban otros doce, y así remudaban trecientos indios que iban diputados para cada cañon, porque, á causa de la aspereza de los caminos, no se podian tirar en los carretones. Y así, iban mas de seis mil indios para solamente llevar la artillería y las municiones della.

CAPITULO IX.

De cómo Gaspar Rodriguez y otros del real de Gonzalo Pizarro quisieron pasar á servir al Visorey, y enviaron por salvococonducto.

Muchos caballeros y personas particulares venian en compañía de Gonzalo Pizarro (como está dicho en el capítulo precedente), que aunque á los principios fueron de parescer que vienesen á suplicar de las ordenanzas, y para ello ofrescieron sus personas y haciendas, después, visto cómo el negocio se iba encaminando, y poco á poco á Gonzalo Pizarro iba usurpando señorío y mando, y que por su autoridad quebró la caja de su majestad, y sacó della los dineros que habia contra

33

voluntad de los oficiales y justicias, antes que saliesen del Cuzco se arrepintieron de haberse entremetido en estas cosas, que daban de sí muy ciertas señales del mal suceso que habian de tener; y así, siendo el principal del concierto Gaspar Rodríguez de Camporendon (hermano del capitán Pedro Anzúres, cuyos indios le habian sido encomendados por su muerte), se trató entre algunas personas principales del ejército de dejar á Gonzalo Pizarro, y pasarse á servir al Visorey, aunque por otra parte no lo osaban hacer, diciendo que era de muy áspera condicion, y que no los dejaria de castigar por lo pasado, aunque se viniesen á su servicio; y así, determinaron de hacer lo uno y prevenir en lo otro, enviando por caminos muy secretos y apartados á Baltasar de Loaysa, clérigo natural de la villa de Madrid, con cartas y despachos suyos para el Visorey y audiencia, diciéndoles que si les enviaban perdon de lo pasado, y salvoconducto, se pasarían á su campo, y que pasándose ellos, por ser capitanes y personas tan principales, todos sus amigos y criados se huirían, y así podría ser que se deshiciese el campo de Gonzalo Pizarro. Los principales que escribieron esto fueron Gaspar Rodríguez y Felipe Gutiérrez, y Arias Maldonado y Francisco Maldonado, y Pedro de Villa-Castin y otros, hasta veinte y cinco personas. Baltasar de Loaysa vino á los Reyes, caminando con gran diligencia, y por procurar de esconderse no topó con Gabriel de Rójas y Garcilaso, y con los demás que hemos dicho que se huyeron del Cuzco. Llegado á los Reyes, muy secretamente dió los despachos al Visorey y audiencia, y ellos le dieron el salvoconduto que pedía, del cual luego en toda la ciudad se tuvo noticia, y muchos vecinos y otras personas que secretamente eran aficionados á Gonzalo Pizarro y á la empresa que traía, por lo que á ellos les importaba, lo sintieron, teniendo por cierto que con la venida de aquellos caballeros se desharia el campo, y así quedaria el Visorey sin ninguna contradiccion para ejecutar las ordenanzas.

CAPITULO X.

De cómo Pedro de Puelles, teniente de Guanuco, se pasó á Gonzalo Pizarro, y tras él la gente que el Visorey envió en su seguimiento.

Cuando el Visorey fué rescibido en la ciudad de los Reyes le vino á besar las manos Pedro de Puelles, natural de Sevilla, que era á la sazón teniente de gobernador en la villa de Guanuco por el licenciado Vaca de Castro, y por ser tan antiguo en las Indias era tenido en mucho; y así, el Visorey le dió nuevos poderes para que tornase á ser teniente en Guanuco, mandándole que le tuviese presta la gente de aquella ciudad, para que si creciese la necesidad, enviándole á llamar, le acudiesen todos los vecinos con sus armas y caballos. Pedro de Puelles lo hizo como el Visorey se lo mandó, y no solamente tuvo aparejada la gente de la ciudad, mas aun detuvo allí ciertos soldados que habian acudido de la provincia de los Chachapoyas, en compañía de Gomez de Solís y de Bonifaz; y estuvo esperando el mandado del Visorey, el cual cuando le pareció tiempo envió á Hierónimo de Villegas, natural de Búrgos,

con una carta para Pedro de Puelles, que luego le acudiese con toda la gente; llegado á Guanuco, trataron todos juntos sobre el negocio, pareciéndoles que si se pasaban al Visorey serian parte para que tuviese buen fin su negocio, y que habiendo vencido y desbaratado á Gonzalo Pizarro, ejecutaria las ordenanzas que tan gran daño traían á todos, pues quitando los indios á los que los poseían, no solamente rescibían perjuicio los vecinos cuyos eran, mas tambien los soldados y gente de guerra, pues habia de cesar el mantenimiento que les daban los que tenían los indios. Y así, todos juntos acordaron de pasarse á servir á Gonzalo Pizarro, y se partieron para le alcanzar donde quiera que le topasen. Luego el Visorey fué avisado desta jornada por medio de un capitán indio, llamado Illatopa, que andaba de guerra; y sabido por el Visorey, sintió mucho este mal suceso; y pareciéndole que habia lugar para ir á atajar esta gente en el valle de Jauja, por donde necesariamente habian de pasar, despachó con gran presteza á Vela Nuñez, su hermano, que con hasta cuarenta personas fuesen á la ligera á atajar el paso á Pedro de Puelles y su gente, y con Vela Nuñez envió á Gonzalo Díaz, capitán de arcabuceros, y llevó treinta hombres de su compañía; y porque fuesen mas presto, el Visorey les mandó comprar, de la hacienda real, treinta y cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados; y los otros diez soldados, á cumplimiento de los cuarenta, llevó Vela Nuñez de parientes y amigos suyos; y yendo bien aderezados, se partieron de los Reyes, y siguieron su camino hasta que de Guadachili (que es veinte leguas de la ciudad) diz que llevaban concertado de matar á Vela Nuñez y pasarse á Gonzalo Pizarro. Y yendo ciertos corredores delante cuatro leguas de Guadachili, en la provincia de Pariacaca, toparon á fray Tomás de San Martín, provincial de santo Domingo, á quien el Visorey habia enviado al Cuzco para tratar de medios con Gonzalo Pizarro; y apartándole un soldado, natural de Avila, le dijo los ratos que estaban hechos de aquella gente para que él avisase dellos á Vela Nuñez y se pusiese á recaudo, porque de otra manera, le matarian aquella noche. El Provincial se dió gran prisa á andar, tornando consigo los corredores del campo, porque les dijo que Pedro de Puelles y su gente habia dos dias que eran pasados por Jauja, y que en ninguna manera los podrian alcanzar. Y llegados á Guadachili, dijo lo mismo á la demás gente, y que era trabajar en vano si procedían en el camino; y secretamente apercibió á Vela Nuñez del peligro en que estaba, para que se pusiese á recaudo; el cual avisó á cuatro ó cinco deudos suyos que con él iban, de lo que pasaba, y en anocheciendo sacaron los caballos como que los iban á dar agua; y guiándolos el Provincial, con la escuridad de la noche escaparon; y en sabiendo que eran idos, un Juan de la Torre y Piedra-Hita, y Jorge Griego y otros soldados del concierto se levantaron á la guardia de la media noche, y dieron sobre toda la gente uno á uno, poniéndoles los arcabuces á los pechos si no determinaban irse con ellos. Y casi todos lo otorgaron, especialmente el capitán Gonzalo Díaz, que aunque se le puso el mismo temor y le ataron las manos, y li-

cieron otras apariencias de miedo, se cree que era del concierto, y aun el principal dél, y así se entendió por todos los de la ciudad que lo habia de hacer, porque habia sido yerno de Pedro de Puelles, tras quien le enviaban, y no era de creer que habia de prender á su suegro estando bien con él. Y así, levantándose todos, y subiendo en sus machos, que tan caro habian costado, se fueron á Gonzalo Pizarro, al cual hallaron cerca de Guamanga; y habia dos dias que era llegado Pedro de Puelles con su gente, y halló tan desmayado el campo con la tibieza que ya iban mostrando Gaspar Rodríguez y sus aliados, que si tardara tres dias en llegar se deshiciera la gente; pero Pedro de Puelles les puso tanto ánimo con su socorro y con las palabras que les dijo, que determinaron de seguir el viaje, porque se profirió que si Gonzalo Pizarro y su gente no querían ir, él con los suyos seria parte para prender al Visorey y echarle de la tierra, segun estaba malquistado. Llevaba Pedro de Puelles poco menos de cuarenta de caballo y hasta veinte arcabuceros, y los unos y los otros se acabaron de confirmar en su propósito con la llegada de Gonzalo Díaz y su compañía. Vela Nuñez llegó á los Reyes y hizo saber al Visorey, lo que pasaba, y él lo sintió como era razon, porque veía que sus negocios se iban empeorando cada dia. Otro dia llegó á los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres ó cuatro que no quisieron ir con Gonzalo Díaz. Por lo cual, demás de hacerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los caballos y vestidos; y así, venia Rodrigo Niño con un jubon y con unos muslos viejos, sin medias calzas, con solos sus alpagates, y una caña en la mano, habiendo venido á pié todo el camino. Y el Visorey le rescibió con grande amor, loando su fidelidad y constancia, y diciéndole que mejor parecia en aquel hábito que si viniera vestido de brocado, atenta la causa por que le traía.

CAPITULO XI.

De la gente que salió para prender y tomar los despachos á Baltasar de Loaysa.

Cobrados los despachos, Baltasar de Loaysa se partió con ellos la via del ejército de Gonzalo Pizarro; y entendido en el pueblo que con lo que llevaba muy fácilmente se desharia la gente, y el Visorey gobernaria pacíficamente, y ellos rescibirian sin ningun remedio el daño que esperaban, determinaron algunos vecinos y soldados de ir muy á la ligera en seguimiento de Loaysa, hasta alcanzarle y tomarle los despachos que llevaba. Y habiéndose salido Loaysa un sábado en la tarde del mes de setiembre del año de 45, y con él el capitán Hernando de Zaballas, en sendos machos y sin ninguna otra compañía ni embarazo que los pudiese detener, el domingo siguiente en la noche salieron en su seguimiento hasta veinte y cinco de caballo muy á la ligera, con determinacion de no parar dias ni noches hasta alcanzar á Loaysa. Los principales que concertaron este trato fueron don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y Lorenzo Mejía y Rodrigo de Salazar, y Diego de Carvajal, que llamaban el Galan, y Francisco de Escobedo

y Hierónimo de Carvajal, y Pedro Martín de Cecilia y otros, hasta el número que está dicho; los cuales á prima noche comenzaron á caminar, y continuaron su camino con tanta prisa, hasta que menos de cuarenta leguas de la ciudad de los Reyes alcanzaron á Loaysa y á Zaballas, y los hallaron durmiendo en un tambo; y tomándoles las provisiones y despachos que llevaban, los enviaron á Gonzalo Pizarro con un soldado, que fué á la mayor prisa que pudo por ciertos atajos, quedando los mensajeros con Pedro Martín y sus compañeros, que los llevaban presos y á buen recaudo, continuando tambien su camino en demanda del campo de Gonzalo Pizarro; y rescibidas por él las provisiones y despachos que el mensajero le llevó, las comunicó muy en secreto con el capitán Carvajal, á quien pocos dias antes habia hecho su maestre de campo por enfermedad de Alonso de Toro, que salió del Cuzco con aquel cargo. Y asimismo dió parte del negocio á otros capitanes y personas principales de su campo, de los que no habia sido en enviar á pedir el salvoconducto; y algunos por enemistades particulares, y otros por envidias, y otros por codicia de ser mejorados en indios, aconsejaron á Gonzalo Pizarro que le convenia castigar este negocio tan ejemplarmente, que escarmentasen los demás para no inventar semejantes motines y alteraciones; y entre todos los que por el mesmo salvoconducto parecia haber sido participantes en este negocio se resumieron en matar al capitán Gaspar Rodríguez y á Felipe Gutiérrez, hijo de Alonso Gutiérrez, tesorerero de su majestad, vecino de la villa de Madrid, y á un caballero gallego, llamado Arias Maldonado, el cual con Felipe Gutiérrez se habia quedado una ó dos jornadas atrás, en la villa de Guamanga, so color de aderezar ciertas cosas para el camino. Y envió Gonzalo Pizarro al capitán Pedro de Puelles, con cierta gente de caballo, que en Guamanga los prendió y cortó las cabezas. Gaspar Rodríguez estaba en el mismo campo por capitán de casi docientos piqueros, y por ser persona tan principal y rico y bienquisto no osaron ejecutar abiertamente en su persona lo que tenían acordado, y usaron desta forma: que después de tener prevenidos Gonzalo Pizarro ciento y cincuenta arcabuceros de la compañía de Cermeño, y dádoles una arma secreta, y encabalgada y puesta á punto la artillería, envió á llamar á todos los capitanes á su toldo, diciendo que les queria comunicar ciertos despachos que habia rescibido de los Reyes. Y viniendo todos, y entre ellos Gaspar Rodríguez, cuando entendió que estaba cercada la tienda, y asestada á ella toda la artillería, él se salió, fingiendo que iba á otro negocio. Y quedando todos los capitanes juntos, se llegó el maestre de campo Carvajal á Gaspar Rodríguez, y con disimulacion le puso la mano en la guarnicion de la espada y se la sacó de la vaina, y le dijo que se confesase con un clérigo que allí llamaron, porque habia de morir luego. Y aunque Gaspar Rodríguez lo rehuso cuanto pudo, y se ofreció á dar grandes disculpas de cualquier culpa que se le imputase, ninguna cosa aprovechó; y así, le cortaron la cabeza. Estas muertes aterrorizaron mucho todo el campo, especialmente á los que sabian que eran consortes suyos en la causa por

que los mataban, porque fueron las primeras que Gonzalo Pizarro hizo desde que comenzó su tiranía. Pocos días después llegaron al campo don Baltasar y sus compañeros, que traían preso á Baltasar de Loaysa y á Hernando de Zavallos, como está dicho. Y el día que supo Gonzalo Pizarro que habían de entrar en el real, envió al maestre de campo Carvajal por el camino por donde entendió que venían para que en topándolos hiciese dar garrote á Loaysa y Zavallos; y quiso su fortuna que se desviaron del camino real por una senda; de manera que el maestre de campo los erró. Y así, llegados á la presencia de Gonzalo Pizarro, hubo tantos intercesores en su favor, que los perdonó las vidas, y á Loaysa le envió á pié y sin ningún bastimento de su real, y á Hernando de Zavallos trajo consigo, hasta que desde en mas de un año, estando en la provincia de Quito, le encargó que fuese con los mineros que sacaban oro de las minas, por veedor dellos; y porque le dijeron que se había aprovechado demasiado en aquel cargo, juntándose el odio que con él tenía de lo pasado, le hizo ahorcar.

Pues tomando á la órden de la historia, pocas horas después que salieron de la ciudad de los Reyes don Baltasar de Castilla y sus compañeros, que fueron en seguimiento de Loaysa, como está dicho, no pudo ser tan oculto, que no viniese á noticia del capitán Diego de Urbina, maestre de campo del Visorey, que andando rodeando la ciudad y yendo á las posadas de algunos de estos que se huyeron, ni los halló á ellos ni sus armas ni caballos, ni á los indios yanaconas de su servicio. Lo cual le dió sospecha de lo que era; y yendo á la posada del Visorey, que estaba ya acostado, le certificó que los mas de la ciudad se le habían huido, porque él así lo creía. El Visorey se alteró, como era razon, y levantándose de la cama, mandó tocar arma y llamó á sus capitanes, y con gran diligencia les hizo ir discurriendo de casa en casa por toda la ciudad, hasta que averiguó quiénes eran los que faltaban. Y como entre los otros se hallasen ausentes Diego de Carvajal y Hierónimo de Carvajal y Francisco de Escobedo, sobrinos del factor Illán Suarez de Carvajal, de quien él tenía ya concebida sospecha que favorecía á Gonzalo Pizarro y á sus negocios, teniendo por cierto que la ida de sus sobrinos se había hecho por su mandado, ó á lo menos que no había podido ser sin que él tuviese noticia dello, porque posaban dentro en su casa, caso que se mandaban por una puerta diferente, apartada de la principal; y para averiguacion desta sospecha envió el Visorey á Vela Nuñez, su hermano, con ciertos arcabuceros, que fuesen á traer preso al factor; y hallándole en su cama, le hizo vestir y le llevó á la posada del Visorey, que, por no haber dormido casi en toda la noche, estaba reposando sobre su cama vestido y armado. Y en entrando el factor por la puerta de su cuadra, dicen algunos de los que se hallaron presentes que se levantó en pié el Visorey y le dijo: «¿Así, don traidor, que habeis enviado vuestros sobrinos á servir á Gonzalo Pizarro?» El factor le respondió: «No me llame vuestra señoría traidor; que en verdad no lo soy.» El Visorey diz que replicó: «Juro á Dios que sois traidor al Rey.» A lo cual el factor dijo: «Juro á Dios que soy tan buen

servidor del Rey como vuestra señoría.» De lo cual el Visorey se enojó tanto, que arremetió á él, poniendo mano á una daga; y algunos dicen que le hirió con ella por los pechos, aunque él afirmaba no haberle herido, salvo que sus criados y alabarderos, viendo cuán desacatadamente le había hablado, con ciertas roncas y partesanas y alabardas que allí había le dieron tantas heridas, que le mataron, sin que pudiese confesarse ni hablar palabra ninguna. Y el Visorey le mandó luego llevar á enterrar, aunque, temiendo que el factor era muy bienquisto, y que si le bajaban por delante de la gente de guerra (porque cada noche le hacían guardia cien soldados en el patio de su casa) podría haber algún escándalo, mandó descolgar el cuerpo por un corredor de la casa, que salía á la plaza, donde le rescibieron ciertos indios y negros, y le enterraron en la iglesia que estaba junto, sin amortajarle, salvo envuelto en una ropa larga de grana que llevaba vestida. Y así, desde á tres días, cuando los oidores prendieron al Visorey, como abajo se dirá, una de las primeras cosas que hicieron fué averiguar la muerte del factor, comenzando el proceso de que habían sabido que á la media noche le llevaron en casa del Visorey y que nunca mas había parecido, y le desenterraron y averiguaron las heridas. Sabida esta muerte por el pueblo, causó muy grande escándalo, porque entendían todos cuánto el factor había favorecido las cosas del Visorey, especialmente en la diligencia que puso para que fuese rescibido en la ciudad de los Reyes, contra el parecer de los mas de los regidores. Estos sucesos acaecieron domingo en la noche, que se contaron 13 días del mes de septiembre del año de 1544. Y luego, el lunes de mañana el Visorey envió á don Alonso de Montemayor con hasta treinta de caballo, que fuese en seguimiento de don Baltasar y de los que (como tenemos dicho) fueron en rastro de Loaysa y Zavallos, aunque después de haber andado una jornada ó dos, entendieron que sus contrarios iban tan lejos, que era imposible alcanzarlos; y así, se tornaron á la ciudad, y en el camino tuvieron noticia que Hierónimo de Carvajal, uno de los sobrinos del factor, se perdió de la compañía una noche, y no acertando el camino, se escondió en un cañaveral; y buscándole, le llevaron preso al Visorey, aunque, por estar ya preso cuando volvieron, como abajo se dirá, excusó el riesgo que corriera. Después de haberse pasado la ira y enojo al Visorey, no entendía en otra cosa sino en dar particular cuenta á todos aquellos con quien hablaba de las cosas que le habían movido á tener la sospecha que tuvo del factor, y de cómo había sucedido su muerte; y para la justificación dello hizo que el licenciado Alvarez rescibiese cierta informacion sobre las culpas que él imputaba al factor; la principal de las cuales era fundar, como verisimilmente se creía, que había tenido noticia de la huida de sus sobrinos, y que no podía ser menos, por vivir dentro de su misma casa, y que en otras muchas cosas que le había encomendado tocantes á la guerra, no entendía con el calor y diligencia, que le parecía que era razon, fundando siempre el interés que al factor se le seguía de que no se ejecutasen las ordenanzas reales, pues por virtud de una dellas se le

habían de quitar los indios que tenía como á oficial de su majestad; lo cual excusaba mientras la tierra andaba alborotada. Y tambien le culpaba de que, habiéndole dado ciertos despachos que enviase al licenciado Carvajal, su hermano, que al tiempo destas revueltas se halló en el Cuzco, para que le avisase de lo que allá pasaba, no le había vuelto respuesta, pudiéndolo tambien hacer, por estar en el camino los indios de ambos hermanos y los de su majestad, que estaban á cargo del factor, aunque en lo uno ni en lo otro nunca pareció culpado. Viendo el Visorey cuán mal le habían sucedido todos estos negocios, y que por causa desta muerte la gente mostraba tanta tibieza y descontento, le pareció mudar el desigño que hasta allí había tenido de esperar á Gonzalo Pizarro y pelear con él dentro en la ciudad, para lo cual la había hecho fortificar con ciertos bastiones y traveses, y determinó de retirarse ochenta leguas atrás, en la ciudad de Trujillo, despoblado aquella de los Reyes, y llevando por mar los hombres viejos y impedidos y las mujeres y haciendas, porque tenía copia de navíos para ello, y por tierra toda la gente de guerra, despoblado de camino todos los llanos y haciendo subir los indios á la sierra. El fin que tuvo en esta determinacion fué parecerle que, llegando Gonzalo Pizarro á los Reyes y viniendo su ejército de tan largo camino con tanta artillería y impedimentos, y hallando despoblada aquella ciudad, sin ninguno de los refrigerios que en ella esperaba hallar, se le desharía el campo, viendo que aun le quedaba tan larga jornada como desde allí á Trujillo, y el camino despoblado y sin ninguna comida. Y demás desto, le movía ver que cada día se le iba gente de su campo al del enemigo, por creer que estaba ya tan cerca; y así, queriendo ejecutar su determinacion, el martes siguiente mandó á Diego Alvarez de Cueto que con cierta gente de caballo llevase á la mar los hijos del marqués don Francisco Pizarro y los metiese en un navío, y él se quedase en guarda dellos y del licenciado Vaca de Castro, y por general de la armada, porque temió que don Antonio de Ribera y su mujer, que tenía á cargo á don Gonzalo y sus hermanos, se los esconderían. Lo cual causó muy gran alteracion en el pueblo, y sintieron dello muy mal los oidores, especialmente el licenciado Zárate, que con gran instancia particularmente fué á suplicar al Visorey que sacase á doña Francisca de la mar, por ser ya doncella crecida y hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados. Y ninguna cosa pudo acabar con el Visorey, antes ya claramente él les declaró su intencion cerca de lo que tenía determinado en retirarse; y los halló muy lejos de su parecer, porque le respondieron que su majestad les había mandado residir en aquella ciudad, que por su voluntad no saldrian della hasta que viesen mandamiento en contrario. Y visto esto por el Visorey, determinó de tomar en su poder el sello real y llevarle consigo á Trujillo, porque los oidores, caso que no le quisiesen seguir, quedasen allí como personas privadas, sin que pudiesen librar ni hacer audiencia. Sabido esto por los oidores, enviaron á llamar al chanciller; y quitándole el sello, le depositaron en poder del licenciado Cepeda, como oidor mas an-

tiguo; lo cual acordaron los tres oidores sin el licenciado Zárate, y á la tarde se juntaron todos cuatro en casa del licenciado Cepeda, y determinaron de hacer un requerimiento al Visorey para que sacase de la mar los hijos del Marqués; y después de asentado el acuerdo en el libro, el licenciado Zárate se fué á su posada, porque estaba mal dispuesto, y los demás oidores quedaron tratando sobre la forma que tenían para su defensa si el Visorey quisiese ejecutar su determinacion, y embarcarlos por fuerza, como se publicaba que lo había de hacer; y acordaron de despachar una provision, requiriendo y mandando por ella á los vecinos y capitanes y gente de guerra que si el Visorey los quisiese embarcar y sacar de aquella ciudad por fuerza y contra su voluntad, se juntasen con ellos y les diesen favor y ayuda para resistir la ejecucion del tal mandado, como cosa que se hacia de hecho y contra lo que su majestad tenía expresamente mandado por las nuevas leyes y ordenanzas y por las mismas provisiones y títulos de sus oficios; y teniendo despachada la provision, la comunicaron secretamente con el capitán Martín de Robles, rogándole que estuviese apercebido con su gente para que cuando fuese llamado acudiese á los favorescer. Martín de Robles se ofreció de hacerlo, porque estaba diferente con el Visorey, aunque era capitán suyo, y asimismo se ofrecieron á darle el mismo favor otros vecinos y personas principales de aquella ciudad con quien comunicaron su determinacion. Y así, estuvieron todos apercebidos aquella noche, y no pudo ser tan secreto lo que había pasado, que no se entendiese ó sospechase por el Visorey. Y poco después de anochecido, Martín de Robles fué á la posada del licenciado Cepeda y le dijo que mirase lo que había comenzado, y que si dilataban el remedio, podría ser que á todos les costase las vidas, porque ya el Visorey había entendido el negocio. Luego el licenciado Cepeda envió á llamar al licenciado Alvarez y al doctor Tejada, y determinaron de defenderse descubiertamente del Visorey si tentase de prenderlos; y comenzaron á acudir algunos de sus amigos, y otros de la compañía de Martín de Robles que estaban apercebidos; y porque el maestre de campo Diego de Urbina, á quien tocaba la ronda de aquella noche, encontró algunos destes soldados y sospechó lo que podía ser, fué al Visorey y le dijo lo que pasaba y lo que él colegía dello, para que lo remediasse. El Visorey respondió que no temiese, porque á la fin eran bachilleres, y no tenían ánimo para cometer cosa ninguna. Y con esto, Diego de Urbina se tornó á su ronda, y topó alguna gente de caballo que acudían en casa de Cepeda; y visto esto, se tornó al Visorey y le dijo lo que pasaba, y le aconsejó con grande instancia que pusiese medio en ello antes que creciese el daño. El Visorey se armó y mandó tocar arma, y salió á la plaza con determinacion de irse en casa del licenciado Cepeda con cien soldados que le hacían la guarda aquella noche y con los criados y gente de su casa, y prender los oidores y castigar el alboroto y apaciguar la ciudad; y puesto en la plaza junto á su puerta, vió cómo no podía tener los soldados que por allí pasaban, que todos se iban hácia la casa de Cepeda, porque la gente de á caballo que andaba por